

fiere san Augustin despues de Lactancio y de Eusebio de Cesarea, quien cita veinte y siete versos de esta misma Sibíla, que predicen la primera venida del Hijo de Dios á unirse á nuestra naturaleza, y la segunda á juzgar al mundo.

“Será entregado, dice, en las manos impías de los que no quisieron reconocerle (habla de Jesucristo): este Dios será abofeteado por unas manos sacrílegas, y cubierto de salivas envenenadas, que unas bocas impuras vomitarán sobre él: sus inocentes espaldas serán rasgadas por una tempestad de azotes, y todo su cuerpo será maltratado á golpes, sin que salga una sola palabra de su boca. Su cabeza será coronada de espinas, y en medio de los mas crueles tormentos no le presentarán sino hiel y vinagre para apagar su sed. Nación insensata, tú no has querido reconocer á tu Dios disfrazado baxo los velos de la humanidad: tú, por irrisión, y por una crueldad inaudita, le has coronado de espinas; y le has abrevado con hiel. Rasgaráse el velo del templo, y á la mitad del día se extenderá una noche sombría sobre la faz de la tierra por espacio de tres horas. Morirá en fin tu Dios; pero su muerte, que durará tres días, se podrá llamar un sueño, pues resucitará pasados estos tres días, y su resurrección será acompañada de la de aquellos que volverá él mismo á la vida.” San Augustin, que trae esta prediccion, añade que la Sibíla Eritrea vivía en tiempo de la famosa guerra de Troya; es decir, mil y doscientos años ántes del nacimiento del Salvador del mundo.

Habiendo, pues, dado Dios á los hombres el retrato de su hijo tanto tiempo ántes que se hiciese hombre, era fácil no desconocerle ni equivocarle cuando este Dios-Hombre se dexase ver. La semejanza tan visible, y la conformidad tan perfecta entre el modo como el Mesías debía nacer, vivir y morir, segun la pintura que de él habian hecho los profetas, y el modo como nació Jesucristo, vivió sobre la tierra y murió; esta conformidad, vuelvo á decir, era mas que bastante para desterrar toda perplexidad y toda duda; sin embargo, para mayor abundamiento quiso Jesucristo demostrar su mision, su omnipotencia y su divinidad con los mas estupendos y

mas incontestables milagros, de los que toda su vida no es otra cosa que un tejido.

Despues de haber estado el mundo en una espectacion de quatro mil años, y llegado el tiempo prescripto por Dios, y señalado por los profetas para la venida del Mesías, estando los judíos esperando ver todos los días, segun su cálculo, comparecer el Redentor que era tanto tiempo habia el objeto de sus votos y promesas, se vió en fin nacer el que debía ser su precursor: Juan Bautista, digo, aquel hombre maravilloso, cuya voz, segun Isaiás, debía hacerse oír en el desierto, y decir á gritos: *Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios, porque su gloria se va á manifestar, y toda carne verá el cumplimiento de lo que ha sido prometido* (Isai. 40.): aquel ángel mortal de quien Dios habia dicho por boca del profeta Malaquías: *Veis aquí que envio mi ángel, el cual dispondrá el camino delante de mí* (Malach. 3.): finalmente, aquel nuevo Profeta y mas que profeta, que no debía anunciar el Mesías futuro como lo habian hecho todos los otros, sino que debía mostrarle como ya presente, como en efecto lo hizo, cuando al ver á Jesucristo, exclamó: *Mirad el Cordero de Dios, veis allí el que quita los pecados del mundo;* y cuando en otra ocasion dixo: *En medio de vosotros hay uno que conoceis: él es el que debe venir despues de mí, aunque es ántes que yo, á quien yo no soy digno de desatarle las correas de los zapatos* (Joann. 1.).

Se sabe qué maravillas se obraron en la concepcion de Juan Bautista, cuyo ministerio de precursor del Mesías anunció el ángel san Gabriel, cuando le dixo á Zacarías: que sin embargo de su abanzada edad, y de la larga esterilidad de su esposa Isabel, tendria un hijo que se llamaria Juan.

§. IV.

La concepcion de Jesucristo.

Se hallaba Isabel en el sexto mes de su preñado, cuando el ángel san Gabriel fué enviado por Dios á Nazaret á anunciar su concepcion, y el nacimiento milagroso de

Jesucristo, á la que desde la eternidad habia sido escogida para ser su madre sin dexar de ser vírgen. Inmólabase María á su Dios en el fervor de la mas alta contemplacion, dice san Bernardo, cuando se la apareció el ángel rodeado todo de luz: este enviado del cielo, lleno de respeto y veneracion á la que ya miraba como á reyna del cielo y de la tierra, la dixo: *Dios te salve llena de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres.* La vista de un ángel en figura humana, y el magnífico elogio que acababa éste de hacer de su virtud causó á la mas pura y mas humilde de las vírgenes una admiracion y un temor, que no pudo disimular: no sabía tampoco lo que queria decir el ángel con aquella suerte de salutacion. Advertido el ángel de todo esto, la dixo: No temas, María; te ama Dios mucho para que temas: vengo á anunciarte de su parte que has de ser madre de un hijo que será grande de todos modos, pues será al mismo tiempo el hijo único del Altísimo. Como hijo tuyo descenderá de David, siendo tú de esta real casa; pero no debe sentarse sobre el trono por derecho de sucesion: la corona que le está destinada, no será de la misma naturaleza que la de los reyes de la tierra que fenece con ellos: su reyno, como que le tendrá de Dios, que es su padre, no tendrá fin: reynará sobre todos los pueblos del universo: sus vasallos serán los verdaderos descendientes de Jacob, y los únicos herederos de las promesas hechas á todos los santos patriarcas: en él se cumplirá todo lo que los profetas han predicho del Mesías, y por la justa correspondencia que se verá entre la prediccion y los sucesos, no habrá ninguno que no pueda reconocerle por el Mesías.

María, que estimaba en mas la virginidad que habia votado, que todo cuanto habia en el mundo de mas lisonjero y de mas brillante, haciendo reflexion sobre el modo como vivia con san José su esposo, le dixo al ángel, que no comprendia cómo podria cumplirse en élla este gran misterio: que habiendo consagrado á Dios su virginidad desde sus primeros años, parece no podria ser madre. El ángel, que esperaba que la santísima Vírgen le propusiese esta dificultad, la descubrió en-

tonces todo el misterio. Este hijo adorable, la dixo, de que serás madre en tiempo, no tendrá otro padre que aquel de quien ha nacido ante todos los siglos. Tú no tendrás otro esposo que al Espíritu santo, el cual siendo la virtud omnipotente del Altísimo, formará en ti el fruto que has de dar á luz, al cual le pondrás el nombre de Jesus, que quiere decir Salvador, despues que le hayas dado al mundo; y así no temas, Vírgen santísima, pues lejos de quedar empañado el resplandor de tu virginidad, con ser madre de Dios, quedará esta virtud en ti mas brillante y mas pura; y para que veas que ninguna cosa le es imposible, ni aun difícil á Dios, sábete que tu prima Isabel, la cual en la edad en que está no debia naturalmente tener hijos, no obstante está preñada de un hijo, y esto despues de haber sido estéril toda su vida; y la que se creía que habia de morir en su triste esterilidad, se halla al presente preñada de seis meses. Despues que el ángel hubo desatado á María sus dificultades, comprendiendo esta Señora que podia ser madre sin dexar de ser vírgen, le dixo al ángel penetrada del mas vivo afecto de reconocimiento, de sumision y de humildad: *He aquí la esclava del Señor: cúmplase en mí tu palabra, por mas indigna que sea de un tan grande favor.*

Recibida esta respuesta, que llenó el cielo y la tierra del mas dulce gozo, se despidió el ángel de María, y desapareció. En aquel mismo instante vino el Espíritu santo de lo alto á su seno; y derramándose sobre élla como una sombra la virtud del Altísimo, obró en élla el gran misterio para que la habia preparado desde el primer instante de su inmaculada concepcion, y formó de la materia mas pura de su cuerpo el cuerpo del mas hermoso de los hombres, y crió el alma mas perfecta que hubo jamás. Al mismo tiempo la segunda persona de la adorable Trinidad, el Verbo divino, se unió substancialmente al uno y á la ótra; y por medio de esta union hipostática ó personal de la naturaleza humana con la divina en la persona del Verbo, se hizo el Hombre-Dios, Jesucristo verdadero Dios, y juntamente verdadero hombre, hijo de Dios, y consubstancial á su Padre, y verdadero hijo de María, la cual desde entónces quedó he-

cha verdaderamente madre de Dios. En el mismo momento todos los ángeles adoraron á aquel á cuyos méritos debían el haber perseverado en gracia; y los hombres tuvieron un Redentor, y el mundo y un Salvador, y un Mediator todopoderoso entre Dios y los hombres. Aunque el evangelio no habla sino de la operacion del Espíritu santo en este inefable misterio, sin embargo, esta milagrosa produccion fue igualmente obra de las tres divinas Personas; pero se atribuye particularmente al Espíritu santo por atribuirse á esta persona divina las obras en que resplandece mas la caridad y la misericordia, como sucede en ésta.

§. V.

La santísima Virgen va á visitar á santa Isabel.

Habiendo sabido la santísima Virgen por el mismo ángel el singular favor que habia hecho el Señor á su prima Isabel, resolvió ir á visitar para darla la enhorabuena, y por obedecer á la inspiracion divina que la movía á hacer esta visita, no tanto por cumplimiento y por bien parecer, quanto por motivo de caridad, pues sabia que esta visita debia ser muy ventajosa, así al hijo como á la madre. Partió, pues, María, sin detencion á las montañas de Judea; llegó á la ciudad de Hebron en donde vivia Isabel: su presencia obró muchos prodigios en favor de la madre y del hijo: el niño que llevaba Isabel en su vientre, el cual no tenia sino seis meses, fue ilustrado de una luz sobrenatural que le dió á conocer quiénes eran los que le visitaban, y en el mismo instante quedó santificado: los saltos sobrenaturales que dió fueron la señal y prueba de su gozo y su respeto. Advirtiéndolos la madre; al mismo tiempo, llena ella tambien del Espíritu santo, conoció el inefable misterio de la Encarnacion y todos los prodigios que habia obrado el Señor en la que la hacia el honor de visitarla. Y así, llena de admiracion y de gozo, apenas hubo oido la voz de María, cuando exclamó con un santo transporte: *Bendita eres entre todas las mugeres, y ben-*

dito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde me puede venir á mí la dicha de que la madre de mi Señor me venga á visitar? En el mismo instante que he oido tu voz, el niño que llevo en mis entrañas ha dado saltos de gozo. ¡O, y que dichosa eres en haber creído al Señor! No dexará de cumplirse en ti todo lo que se te ha anunciado de su parte (Luc. 1.).

Unas alabanzas tan bien fundadas no envanecieron á la mas humilde de las vírgenes; la cual, aunque no pudo disimular los favores extraordinarios que la habia hecho Dios, pero supo darle toda la gloria, reconociendo su dignidad, como lo demuestra aquel admirable cántico en que prorumpió por una especie de entusiasmo: "Mi alma, dixo, celebra las grandezas del Señor, que obró en mí tan grandes cosas: á él solo sea dada toda la gloria; yo no puedo pensar en ello sin que mi corazon salte de gozo al acordarme de un tan insignificante favor. Dios se ha dignado poner los ojos en la baxeza de su mas humilde esclava, y esto dará motivo á todos los pueblos para admirar y ensalzar mi dicha en todos los siglos venideros. Dios se complace, por decirlo así, en humillar á los grandes del mundo, en reducirlos á la última miseria, al mismo tiempo que llena de bienes y de gloria á aquellos que el mundo mira con desprecio. Yo seré un ilustre exemplo de esta verdad en todos los siglos, como tambien de la verdad de las promesas que hizo el Señor á Abraham, nuestro padre, y á toda su posteridad." Detúvose la santísima Virgen cerca de tres meses con su prima; y despues de haber santificado con su presencia y su santa conversacion toda la casa de Zacarías, se despidió de ellos para volverse á Nazaret poco ántes del parto de santa Isabel.

Nadie ignora los prodigios que sucedieron en el nacimiento del santo Precursor: el gozo y la admiracion fueron generales: decíanse unos á otros: ¿Quien pensais será este niño? Pero lo que ellos no sabian le fue revelado á Zacarías, el que estando lleno del Espíritu santo conoció el misterio de la Encarnacion, y la parte que su hijo habia de tener en él; y habiendo recobrado el habla el mismo día que el santo Precursor fue circun-

cionado, el primer uso que hizo de élla fué entonar en voz alta un cántico de admiracion, de alabanza y de acciones de gracias, en el cual, anunciandò el ministerio de su hijo, anunciaba tambien en él el nacimiento próximo del Mesías: de este modo se cumplió á la letra lo que los profetas Isaías y Malaquías habian predicho tocante al precursor; pues es evidente que en Juan Bautista se encuentra unos de los caractéres mas expresos del Precursor del Mesías, de que hacen mencion ámbos profetas.

Mientras que el ruido de los prodigios sucedidos en el nacimiento de san Juan se esparcia por todo el pais de las montañas de Judea, la santísima Vírgen, que se habia vuelto á Nazaret, meditaba en silencio dia y noche el sagrado misterio que habia obrado en élla el Señor: su humildad no la habia permitido declarar á san José lo que el Espíritu santo no le habia todavía descubierto á este casto esposo, cuando él mismo advirtió el embarazo de su castísima esposa. Parece quiso Dios que san José ignorase hasta entónces lo que la sucedia á la santísima Vírgen, para que sabiéndolo despues, su sorpresa fuese una prueba visible de la milagrosa concepcion del hijo, y de la incomparable virginidad de la madre. El pasmo de san José fue tanto mayor, quanto conociendo mejor que nadie la sublime santidad de la Vírgen, y no ignorando el voto que habia hecho de perpetua virginidad, no tenia motivo para sospechar en élla la mas leve infidelidad: inclinábase mas bien, dice san Bernardo, á creer que María fuese aquella afortunada vírgen, de que habla Isaías, que debia dar á luz al Mesías. Creyólo, dice el santo Doctor, y por un sentimiento de humildad y respeto semejante al que despues hizo decir á san Pedro: Apartáos de mí, Señor, porque soy un pecador; penetrado, digo, de un sentimiento como éste, san José pensó en apartarse de la santísima Vírgen. No digo esto como parto mio, añade el santo Abad; sino como que es el sentimiento de los padres (*Hom. 2. sup. Missus.*).

Entre tanto, el casto esposo no sabia que resolucion tomaria; despedirla y volverla á sus parientes, era infamarla; por otra parte, no se creía bastante santo para

habitar con élla. Entre estas dudas se le apareció un ángel, y le dixo: José, acuérdate que eres de la casa de David, de la cual ha de nacer el Mesías prometido; y no creas que carece de misterio el haberte dado el Señor á María por esposa, la cual es de la misma familia real que tú: sábete que el niño de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por la virtud del Espíritu santo, es el Salvador del mundo, el hijo único del Padre eterno, el Mesías prometido, y Dios te ha escogido á tí para que durante su infancia seas su tutor, y le proveas de alimento, y para que en este sentido seas su padre; y así no temas quedarte á vivir con María tu esposa: tú eres el custodio de su honra y de su virginidad, porque si no hubiera tenido esposo, no hubiera podido ser madre sin infamarse. Le pondrás al niño el nombre de Jesus, para que conozcan los hombres que este niño es el que los ha de salvar, el que viene á ofrecerse en este sacrificio por la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido é informado san José de este gran misterio, y de la dignidad del empleo para que el cielo le destinaba, no miró ya á la santísima Vírgen sino como á la madre del Redentor; su ternura para con élla creció juntamente con su veneracion, y la eleccion que Dios habia hecho de él para que fuese esposo de la madre de Dios solo sirvió para hacerle todavía mas santo y mas humilde.

§. VI.

El nacimiento de Jesucristo.

Estaba la santísima Vírgen en el nono mes de su preñado, cuando se publicó un edicto de Augusto César, que ordenaba se hiciese una exácta descripcion y enumeracion de todos los súbditos del imperio, y que se le formase un estado de ellos. La orden para hacer la descripcion de los judíos se le encargó á Cirino, comandante de la Siria; porque aunque la Judea no era todavía tributaria, ni estaba puesta en el número de las provincias del imperio, Augusto miraba ya á los judíos como á